

Superando el enciclopedismo

Un Método de Dirección Espiritual Aplicado a la Pedagogía

Joaquín López y López S. J.

Una de las quejas comunes que invaden nuestros centros docentes es que se enseña pero no se educa, que existen muchos y sabios profesores, pero pocos que se adapten a la mentalidad de los alumnos, que van saliendo de las aulas muchos jóvenes "enciclopédicos" y pocos hombres bien capacitados.

Para ver con más claridad nuestro mal y sugerir algún remedio no me voy a asesorar ahora de los tomos pedagógicos de Spalding, Willmann o Jovellanos, sino del librito más pequeño de Ascética que existe. Muy extraño y peregrino parece que un libro de Ascética nos pueda traer luz en este asunto, pero esta justificada extrañeza se disipará pronto con la reflexión.

En este librito que se titula "Ejercicios Espirituales de San Ignacio" se asienta como principio fundamental: que se deje obrar al Creador con su creatura y que el Director no debe interponerse sino para favorecer su intimidad. Lo cual trasladado a la enseñanza podría enunciarse así: Entre el entendimiento y la verdad no se interponga el Maestro si no es para favorecer su unión.

No se trata, pues, de largas lecciones que agotan la materia o al alumno; no se trata de sutiles disertaciones que conquisten el asentimiento en un momento dado; se trata de **hablar poco y decir mucho**, se trata de sugerir pensamientos llenos de sentido que exciten el ánimo a reflexionar y a encontrar la verdad por sí mismo. El Maestro de Ejercicios ha de ser breve en exponer la materia, debe limitarse, como dice el Santo, a "algo que haga declararla o sentirla un poco más"; porque es mayor el gusto que el trabajo personal de invención de conceptos y creación de forma trae consigo. Gusto que sube de punto cuando la ilustración divina socorre al entendimiento en su tarea.

Mal educaremos si sólo queremos pasar por personas ilustradas, mal si no nos desprendemos de nuestras sistematizaciones y conceptos de per-

sonas mayores. Para educar a nuestros alumnos hemos de meternos en esas cabezas juveniles que comienzan a ver por vez primera y mostrarles progresivamente las tinieblas próximas, para que, con la luz de las primeras evidencias, vayan por sí mismos disipándolas. La luz les guía y alienta, la oscuridad les despierta el deseo del misterio y de lo desconocido. Admiramos al profesor que sabe exponer; sin embargo, no es ése el mejor profesor: el mejor maestro es el que sabe preguntar. Es decir, el que con sus preguntas logra hacer converger toda la atención sobre la clave del problema, hace que salten las dudas, que choquen los criterios contrarios y que se interese el alumno por llegar a la evidencia.

Y he aquí otro punto que busca S. Ignacio a todo trance en el Ejercitante: **que se interese, que tome él la iniciativa.** Nada conseguiremos mientras vaya a empujones, sólo comenzará bien la obra cuando le nazca un motor interno. De allí, para llenarle de entusiasmo, el declararle la labor de los Ejercicios que comienza y ponerle ante sus ojos el rico tesoro que como fruto inapreciable conseguirá; hallar a Dios en la disposición de su vida. ¡Hallar a Dios en su vida! Quizá hace tiempo que le busca y no ha acertado con él. Ahora, ahora tiene el secreto en su mano: ciertamente le encontrará.

También el profesor ha de comenzar por despertar el interés por su materia: Inglés, Filosofía, Geografía o lo que sea. Con discreción, pero con sólido peso de verdad, ha de ir poco a poco descubriendo al alumno los horizontes y posibilidades que le abre la ciencia para su cultura y personalidad. No ha de parar hasta captar las voluntades e inspirarles verdadero amor a la asignatura. No ha de parar hasta que el alumno tome la iniciativa. Y como S. Ignacio no da el visto bueno al comienzo de los Ejercicios hasta que logra que el ejercitante ofrezca penitencias por alcanazar lo que desea, así el profesor no ha de dar por sinceras esas buenas voluntades hasta que note en el joven la señal de sacrificio por la ciencia. Todo esto supone, naturalmente, verdadero cariño en el profesor por la asignatura, que de veras la ame, la aprecie y la guste. Mas he ahí el primer fallo que, con frecuencia, mina toda labor constructiva; el profesor quizá es el primero en despreciar lo que enseña y ya se puede comprender con qué ilusión, tenacidad y entusiasmo podrán seguir el curso los alumnos.

Despierto el ánimo e interés en el sujeto para la obra de Ejercicios, S. Ignacio exige en el hombre tres cosas: **silencio, trabajo y comunicación con el director.** ¿No será también esa, la pauta del buen Maestro? Ciertamente, también él ha de exigir silencio, porque todo contacto hondo e íntimo con la ciencia exige una profunda concentración de todas las facultades del hombre. Concentración honda pero concentración reposada, y para eso necesita la ayuda externa del silencio. Lecciones y estudios en medio del bullicio y agitación externa no sirven sino para acabar en corto tiempo con los nervios y la paciencia del profesor y de los alumnos. No sacaremos de allí verdadera ciencia, y sí, lograremos a la larga un buen número de gente excitable, ligera y desequilibrada.

El segundo requisito es el trabajo. Que se convenza el joven que la meta que se propone es obra de trabajo. A veces nos dejamos deslumbrar por estos títulos: "Francés sin esfuerzo" o "Inglés sin trabajo", buenos métodos por cierto, pero que se convenza el sujeto que ni el Francés ni ciencia alguna ha de conseguirse sin verdadero trabajo, esfuerzo y constancia,

y quien crea lo contrario se llevará un gran chasco. Que tome un método y trabaje y memorice los giros de la lengua, y haga ejercicio de composición y oiga, oiga mucho, para que se le eduque el oído, y sólo después de buenas jornadas de trabajo podrá hablar y escribir con decente corrección. Este trabajo es el que curte los caracteres, va dando temple y constancia a las voluntades y afinando en el joven el valor apreciativa de las cosas. Este trabajo verdaderamente educa.

Y es notable en verdad cómo insiste S. Ignacio en este aspecto de actividad y de trabajo. Se ha interesado ya el ejercitante, se ha decidido ya a hallar a Dios en su vida, pero lleve bien claro que no lo conseguirá sino a base de actividad y de trabajo, a base de Ejercicio. Que como el mismo nombre lo indica, son unos verdaderos ejercicios, una gimnasia del espíritu; y por eso habla de: "el ejercitante, el que toma los ejercicios, el que hace los ejercicios". Tenía S. Ignacio aquel lema de: "poner de nuestra parte todo el hombre en la empresa como si a Dios no le tocara nada y por otra parte confiar totalmente en Dios el asunto como si lo nuestro no valiese nada.

Mas, si se ha de exigir trabajo en el discípulo no se le ha de abandonar en él. Para ahorrarle fatigas inútiles, para que rinda el máximo hay que ser testigo de su trabajo, hay que enseñarle a trabajar. Esto es lo que sugieren los Ejercicios, cuando nos hablan de comunicación ante ejercitante y Director. Y he aquí el tercer punto que nos ocupa. Dice expresamente S. Ignacio que "no queriendo el Director meterse en los pensamientos ni pecados del ejercitante, sí le exija cuenta de los tales ejercicios, si los hace a sus tiempos y cómo, y sea informado fielmente de las diversas agitaciones que en el ánimo se producen". Allí, a su lado, ha de estar el director y según las habilidades y disposiciones del sujeto recomienda el orden y los diferentes métodos que le ha de ofrecer para sus ejercicios. Hay que darle orden y métodos para meditar, para examinarse, para usar las penitencias. Aun la formación del espíritu parece sometida a ciertas leyes y el director es el juez, el "Coach" instructor y entrenador en todos estos movimientos y en este atletismo del alma. Hay un arte de pensar y hay un arte para todos los trabajos intelectuales, y todo artista consumado, si vuelva libremente en alas de su númen creador no cabe duda que hubo de instruirse y aprovecharse en un principio de las leyes elementales del arte. Los ejercicios escolares pueden variar hasta lo infinito pero sean cuales fueren han de regularse minuciosamente. Cuántos inexpertos maestros dictan lecciones y composiciones sin la menor preocupación de indicar un método de trabajo. Lecciones y composiciones han de ir acompañadas de lecciones para aprender lecciones, y lecciones para hacer composiciones, y lecciones para bien leer, analizar o declamar. Y al ser el alumno instruido y corregido en su trabajo lo agradecerá y verá con precisión la causa de sus errores. Ni habrá lugar a esas incertidumbres, desconciertos y desalientos de alumnos que se hallan al final de varios años con el peso de las mismas faltas y la misma dificultad en el trabajo.

Allí está el director de Ejercicios como juez y testigo de las luchas del alma por encontrar a su Dios. Está para favorecer y no para estorbar, pero está como testigo y como juez. ¿Hace el ejercitante un voto, se traza este plan de vida, se obliga a este grado de perfección? El escrúpulo, la ilusión, la credulidad no son raros. El director ha de ser su Ángel de luz y sólo cuando es aprobada por él, llevará el ejercitante su decisión bendecida por Dios.

El profesor tiene el mismo oficio respecto al muchacho. Maestro es juez y testigo de sus luchas, de su talento y aptitudes de su orientación profesional. El muchacho no sabe con exactitud ni lo que sabe, ni lo que puede. Sus gustos pueden engañarle, sus ambiciones y proyectos pueden estar inspirados en intereses mezquinos y no en consonancia con sus aptitudes, temperamento y circunstancias. Por lo cual el maestro está obligado no sólo a conocer el trabajo de los alumnos, sino al alumno mismo para estimar su valor y capacidad y lanzarle al triunfo en la vida con el rendimiento máximo de los recursos naturales y cualidades que lleva consigo.

Pero sería una utopía exigir del Maestro el cumplimiento de esta obligación si el establecimiento le pone ante el hecho consumado de una clase excesivamente numerosa que rebasa a toda posibilidad de control individual.

Muy en boga andan para este efecto los tests modernos sobre el rendimiento físico e intelectual y los tests de personalidad como los de Rorschach, Bela Scikely, o Rene Le Senne. Todos los **Ejercicios** son un **verdadero test**, y así lo dice S. Ignacio en sus Constituciones cuando habla de admitir a nuevos candidatos. Al novicio se le asignan seis tests y este es el principal de ellos. No se trata de ver si aguanta treinta días en silencio, sino de tomarle el pulso a su capacidad espiritual. Parece que la capacidad espiritual no se puede medir y sin embargo llega S. Ignacio a lo que quiere y alcanza ello su culmen con los ejercicios de Las Banderas, Binarios y Tres grados de Humildad. Con el ejercicio de las Banderas echa un haz de luz al entendimiento para que discierna y vea cómo se presenta el panorama, con los Binarios palpa el temple de la voluntad, a ver si quiere o no quiere de veras; y si es que sinceramente quiere, entonces usa el termómetro finísimo de los Tres Grados de Humildad y va compulsando el arranque, la amplitud de corazón, y el alcance de miras y de generosidad de un alma en su entrega a Dios.

No se trata de imponerle lo mejor, se trata de un test, de probar y ver hasta donde da. No hay dos individuos iguales y no sólo son distintos los dones sino también los auxilios internos y externos de Dios. No se trata de echar a todos por el mismo camino sino de adaptarse a las formas variadísimas de temperamentos y auxilios que Dios pone al alcance de cada alma en particular. Ningún yerro es tan pernicioso decía S. Ignacio como el querer llevar a todos por el mismo camino.

Al pasar de la vida espiritual a la vida intelectual no hay que cambiar de método. No hay más que una verdad para todos los alumnos pero los alumnos son distintos con relación a la verdad; ni la han de captar todos en el mismo grado ni en el mismo tiempo, ni con los mismos métodos de trabajo. Por eso ha de darse a conocer el alumno, para que el profesor pueda adaptarse y adaptar el método a la condición y adelantamiento de cada individuo, de suerte que llegue por sí mismo a la posesión de la verdad, con buen éxito, con gusto y con sereno equilibrio de sus facultades.

Por último, si S. Ignacio centra sus Ejercicios en la **Elección de Estado**, de la misma manera el maestro ha de centrar todo su empeño en asesorar al alumno para conocer y llevar a cabo su propia vocación. Cada alumno lleva marcado un papel en la vida para bien de la patria y de la sociedad; no se ha de menospreciar ninguno de sus dones: cualidades para

el dibujo o matemáticas, buen trato o dotes de gobierno y magnanimidad. ¡Cuán de otra manera anduvieran nuestros estados, con algo más de positivo interés por orientar y sacar a flote a nuestros alumnos en su propia vocación! El más grande bien que puede recibir y agradecer el alumno, es, que se le ayude a cumplir con su propio destino.

Ojalá que veamos más allá de un ministerio de mera instrucción y luchemos con denuedo por desempeñar un ministerio de verdadera educación para servicio de Dios y bien de nuestra patria querida.

Sirvan también estas líneas de modesto homenaje a S. Ignacio de Loyola en el cuarto centenario de su gloriosa muerte, quien trazó en sus Ejercicios Espirituales y Constituciones los derroteros pedagógicos que habían de hacer fecunda la labor de la Compañía en sus estudios y ministerios.

Comillas (España).

